

La morada rota*

Josep Maria Blasco

Espacio Psicoanalítico de Barcelona
Balmes, 32, 2º 1ª – 08007 Barcelona
josep.maria.blasco@epbcn.com
+34 93 454 89 78

18 de mayo de 2025

Presentación y agradecimientos

El presente texto, escrito especialmente para nuestras Jornadas anuales, está compuesto por una serie de apartados que, en la mayoría de los casos, pueden leerse como si se tratase de artículos independientes, aunque no hayan sido escritos como tales, con una única excepción, que será mencionada en breve. Representan una especie de *transcripción*, casi diría una *crónica* o un *testimonio*, de lo que me ha ido aconteciendo, como rumiación, interrupción u ocurrencia involuntarias, para irse transformando luego en una insistencia que se repite en muchas de las conversaciones que mantengo con mis compañeros.

Tengo, pues, que agradecer a esos mismos compañeros su paciente interlocución y su afectuosa compañía, que han posibilitado el acontecer de ese *pensar despacio y detenidamente*.¹ En particular, a Laura Blanco, Daniel Cañero, Carlos Carbonell, Norma Cirulli, Silvina Fernández, Mar Martín, Mireia Monforte, David Palau, Olga Palomino, Amalia Prat, Cristina Prats y Andrea Segura, que han leído diversos borradores de este texto, y han ayudado a mejorarlo notablemente con sus enmiendas, objeciones, comentarios y sugerencias. A todos ellos va dirigido mi más profundo agradecimiento.

*URL de este documento: <https://www.epbcn.com/pdf/josep-maria-blasco/2025-05-15-La-morada-rota.pdf>. Ponencia leída el domingo 18 de mayo de 2025 a las 12:00 en las XXIV Jornadas Psicoanalíticas del EPBCN, tituladas *Aperturas en psicoanálisis (XIII)*, y celebradas los días 16, 17 y 18 de mayo en la sede del EPBCN.

¹RAE: *rumiar*.

El texto termina con un apéndice, que lleva por título «Nuestra democracia funciona, dijo el algoritmo» (p. 18). Se trata, en este caso sí, de un artículo corto, que escribí el día 7 de febrero de 2025, para ser debatido en cierto foro en línea, y que había aparecido con anterioridad en mi blog personal [2]. Lo he incluido aquí porque, como podrá comprobarse cuando se lo lea, encuentra resonancias en varios de los temas que se habrán desarrollado, y he pensado que puede resultar, por esa razón, de un cierto interés.

Introducción

*El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre.
Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada.*

Martin HEIDEGGER. *Carta sobre el humanismo* (1946).

Vivir, lo que es vivir, vivimos en el mundo, pero también en el lenguaje. Cuesta un poco darse cuenta de esto último, porque como solemos ser, sin advertirlo, materialistas mal formados y peor informados, tendemos a confundir lo material con lo extenso, y entonces terminamos pensando, primero, que somos entidades materiales y, segundo, que las palabras son entidades inmatrimales y, entonces, resulta de lo más claro, una entidad material no puede tener su morada en una entidad inmaterial: es que no hace falta ni considerarlo.

La materialidad de los enunciados

En realidad, si observamos las cosas con el suficiente detenimiento, veremos que son bastante más complejas. Por ejemplo, cuando Freud habla, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* [5], de *hechos psíquicos*, dice una cosa muy interesante: cuando alguien ha dicho algo, eso (ahora veremos qué) es *un hecho psíquico*. ¿De qué se trata? ¿Qué es lo que es, en este caso, *un hecho*? Algo muy simple, tan sencillo que es fácil que lo pasemos por alto: lo dicho ha sido dicho, y eso es un hecho. *Lo que se ha dicho* (es decir, lo que clásicamente se denomina el *significado* de la enunciación) puede ser verdadero, o falso, o hasta carecer de referencia, o de sentido; pero *que lo dicho ha sido dicho*, eso, eso es un hecho. Es algo fuera de toda duda, eso; algo verificable: objetivo.

De este modo, la escucha analítica trabaja con la objetividad de lo dicho. Por eso se ha afirmado que, en un psicoanálisis, no cabe desdecirse; y por eso, también, algunos autores se han referido al psicoanálisis diciendo que instaura un nuevo nivel de objetividad.

Los universos simbólicos

Debe admitirse un tercer reino. Lo que pertenece a él coincide con las representaciones en que no puede ser percibido por los sentidos, pero con las cosas en que no necesita portador a cuyos contenidos de conciencia pertenezca.

Gottlob FREGE, *El pensamiento: una investigación lógica* (1918).

Con las palabras, además, se construyen *universos simbólicos*, sistemas provistos de reglas a los que se puede ingresar colectivamente, como la lógica, las matemáticas, la religión, o la democracia. Cuando nos encontramos con otros seres humanos en uno de esos universos, por ejemplo en el de las matemáticas, compartimos, suele decirse, *un terreno común*. Ese terreno, como ha sido observado por diversos autores, comparte algunas cualidades con lo subjetivo y otras con lo objetivo: de ahí el «tercer reino» de Frege, en el que podemos encontrar un claro antecesor del concepto lacaniano de lo simbólico.

Comparte algunas cualidades con lo objetivo: el hecho de que una demostración matemática sea correcta o no es algo objetivo, por mucho que dicha demostración se exprese en palabras, en signos escritos, o de una manera distinta. Podemos discutir si lo que hay en esta botella que tengo ahora ante mí es o no agua, y salir de dudas al respecto mediante, por ejemplo, un análisis químico; podemos, igualmente, discutir sobre si una demostración matemática es correcta o no, y podemos también salir de dudas, en ese caso mediante procedimientos universalmente acordados (y, además, *a priori* mecanizables); podemos, por fin, discutir sobre si tengo o no, ahora mismo, frío o calor; pero, en este último caso, se tratará de una discusión abocada al malentendido y al desacuerdo, generadora de argumentaciones inconcluyentes, debido al hecho, simplísimo y evidente, de que nadie está en condiciones de decirme qué me pasa mejor que yo mismo, ya que no hay modo de meterse en el interior de mi cuerpo, o de mi cabeza, para poder hacer las comprobaciones que una discusión racional sobre el tema requeriría.

¿Dónde estoy, realmente?

¿Dónde me encuentro, entonces? Con claridad, *aquí*, en esta habitación, sentado *en esta silla*, escribiendo *este texto*, en *este ordenador*. Pero, con una claridad parecida, también en toda una serie de universos simbólicos. Pienso en *este texto*, por ejemplo, y lo visualizo ya terminado; me imagino el día en que lo expondré en nuestras Jornadas anuales, y me pregunto si

conseguiré capturar la atención y el interés de los asistentes tanto como me gustaría. Puedo hacer todo eso porque, al postular mi participación en las Jornadas y ver mi petición aceptada, he debido comprometerme a la vez a seguir, yo también, una serie de reglas, y he aceptado, con ese mismo hecho, el deber de cumplirlas. El compromiso, de ese modo, me obliga, es bien cierto; pero también me proporciona, a cambio, una serie de posibilidades nuevas, de las que antes no disponía: un espacio en el que moverme y efectuar mi trabajo, lectores para mis borradores, otros interlocutores, personas que me escucharán y me harán comentarios, etcétera. Mi actividad material viene determinada, posibilitada, por el mismo pacto, por el mismo universo en el que me he ido introduciendo.

La materialidad simbólica

Estoy, entonces, *aquí*, en esta habitación; pero estoy, también, *en el terreno, común y simbólico, establecido por las Jornadas, y por mi participación en ellas*. La habitación y la participación no tienen exactamente la misma naturaleza, el mismo estatuto ontológico, pero comparten, sin embargo, algunos rasgos. Las dos son materiales, por ejemplo; la primera tiene una materialidad *objetual*, y la segunda una materialidad *simbólica*. En la misma habitación puedo hacer varias cosas distintas y, en particular, participar de diferentes universos simbólicos; y el universo simbólico de las Jornadas lo puedo habitar en esta o en otra habitación, o también en otros lugares, como la playa, que no son habitaciones.

La habitación tiene sus límites: si me levanto y ando en determinada dirección, me encontraré en otro sitio distinto (si no me estrello antes contra la pared); del mismo modo, mi participación tiene también sus límites: cuando, en vez de trabajar en este texto, me ponga a perfeccionar los programas o los artículos que quiero presentar, el mes de mayo, en el congreso sobre el lenguaje de programación REXX, en Viena,² me habré situado en otro terreno distinto: los compromisos habrán pasado a ser otros, y el universo simbólico habrá también cambiado, aunque conserve algunos rasgos comunes; también una habitación comparte siempre, con cualquier otra, ciertos rasgos.

²El congreso, titulado *36th International REXX Language Symposium*, se celebró en la *Wirtschaftsuniversität* de la maravillosa capital austríaca, situada en el Prater, del 4 al 7 de mayo de 2025. Presenté en él, con sumo placer y buena recepción, tres trabajos sobre REXX.

El trabajo del duelo, y la substitución

¿En qué consiste la labor que el duelo lleva a cabo? El examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado no existe ya y demanda que la libido abandone todas sus ligaduras con el mismo. [Sin embargo,] sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna de las posiciones de su libido, aun cuando les haya encontrado ya una substitución. [...] Cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen un punto de enlace de la libido con el objeto es sucesivamente despertado y sobrecargado, realizándose en él la sustracción de la libido. [...] Al final de la labor del duelo vuelve a quedar el yo libre y exento de toda inhibición.

Sigmund FREUD. *Duelo y melancolía* (1915).

La habitación podría, también, resultar destruida, por una serie cualquiera de causas, como un terremoto, o bien yo podría perder el acceso a ella, por ejemplo, si los propietarios de la casa decidiesen dejar de alquilárnosla. Si ya no tuviese acceso a esta habitación, podría buscarme otra; pero si no fuese capaz de encontrar ninguna, me hallaría en un grave aprieto. Además, aunque pueda, en principio, substituir una habitación por otra, esa substitución no tiene por qué resultarnos especialmente, puesto que, a fin de cuentas, nos encontramos, como observa Freud, desparramados, con nuestra libido, en los objetos mismos,³ lo que hace que no nos resulte nada fácil renunciar a ellos.

Igualmente, mi participación en las Jornadas podría no llegar a tener lugar, por ejemplo, si se decidiese, por una razón cualquiera, que no iban a realizarse. Yo podría, entonces, buscar otro lugar donde presentar este artículo; pero, si no encontrase ningún sitio donde debatirlo, ningún interlocutor con el que discutirlo, me hallaría, asimismo, en un grave aprieto. Y, siguiendo con la comparación, la misma substitución de un lugar por otro no tendría, en general, por qué ser nada sencilla. Si quien se ha preparado durante años para un cierto acontecimiento termina no pudiendo participar en él, puede pasarlo francamente mal, o deprimirse, o alguna otra cosa dolorosa o desagradable.

En el límite, cuando no dispongo ya de lugares físicos donde residir con comodidad, termino enfermando del cuerpo; y cuando eso mismo me sucede, pero con los lugares simbólicos, enfermo entonces de la psique, o, como le gusta escribir a Freud, del alma.

En este escrito nos dedicaremos a estudiar algunos de los modos y maneras en que las destrucciones de las moradas simbólicas, de los lugares simbólicos, terminan produciendo deterioros del alma, enfermedades en el alma.

³Él lo expresa con otras palabras, pero eso no tiene importancia aquí.

Se trata de una búsqueda que —lo iremos viendo— en seguida se nos hará muy amplia; aquí sólo daremos unos pocos primeros pasos, intentando dejar señaladas, quizás abiertas, ciertas avenidas, para los que deseen continuar transitándolas; quizás seamos nosotros mismos, en alguna ocasión posterior, los que lo hagamos.

Lo silenciado

Silenciar, para la RAE, en su primera acepción, es «callar, omitir, ocultar, esconder, encubrir, disimular, reservarse». Tiene menos que ver con el *silencio* de lo que podía pensarse, ya que, para la misma fuente, *silencio* es, en primer lugar, la «ausencia de ruido o sonido», y en segundo, el «hecho de permanecer sin hablar». El que permanece sin hablar puede ser alguien prudente, o bien un sabio, o aún un poeta; o puede quizás tratarse de alguien que está embarcado en una búsqueda de tipo espiritual; pero puede también ser, claro está, alguien que «omite, oculta, esconde», etcétera.

Quien *silencia* activamente algo, a la vez lo sustrae a la comunidad y, en este sentido, debilita y erosiona a la comunidad misma y al propio sistema simbólico alrededor del cual esa comunidad se aglutina.

Aclaremos esto último: las construcciones simbólicas existen, para cada uno de nosotros, porque creemos en ellas, o porque participamos de ellas. En el dinero creen, prácticamente, todos los adultos; si suspendiésemos nuestra creencia, dejaría instantáneamente de existir; la Unicornio Rosa Invisible existe, aunque, claro está, sólo para los que creen en Ella; las matemáticas son recreadas, un día tras otro, por los propios matemáticos, que se comportan como si tuviesen una clara referencia, etcétera.

Si, cuando es nuestro momento de hablar, en su lugar callamos, le quitamos fuerza a lo simbólico, lo volvemos más magro, lo debilitamos. Es una afirmación que nos puede resultar chocante, ya que tendemos a sustancializar las realidades simbólicas y a creer que existen independientemente de nosotros; pero basta con pensar en lo que sucedería si todo el mundo persistiese en callar sobre un determinado tema: la realidad simbólica en cuestión no tardaría, en un tal caso, en acabar desapareciendo.

Y, además, al callar dejamos que se abran una serie de preguntas que nos llevan del callar a aquel que calla, por el intermedio de la incógnita que se abre primero sobre lo callado: ¿Por qué calla el que calla? ¿No quiere participar ya más de nuestra comunidad, no está de acuerdo en algo, tiene una idea distinta? Nuestro pensamiento, cuando advertimos el ocultamiento, es desviado así hacia la persona del que oculta: eso también le quita fuerza a la construcción que nos reunía. Hemos perdido, colectivamente, *fuerza*: fuerza

de existir, potencia de actuar, como diría Spinoza.

En cuanto al ocultador, el que no quiere o no puede hablar, pasa a encontrarse, por su mismo acto, en una relación ambigua y ambivalente con el universo simbólico que nos reunía: disimula, finge; intenta «parecer distinto de lo que es»,⁴ y ve así mermada su capacidad de expresión y de interacción con la comunidad y, en última instancia, también su propia potencia de actuar.

Silenciar algo, entonces, es siempre un mal negocio: es uno en el que todos pierden, empezando por los que creen estar ganando algo, se den o no cuenta de ello.

El psicoanálisis promueve un ideal, el de decirlo todo. Como muchos han señalado, decirlo todo es imposible.

Es imposible: nada más verdadero. Pero la alternativa es peor. Mucho peor.

La erosión de la institucionalidad

Según el dirigente ruso [Putin], el presidente estadounidense [Trump] puede «actuar sin pudor» porque no tiene ningún tipo de compromiso con Kiev.

El País, 25 de febrero de 2025.

Nací en 1960, y me tocó vivir, cuando era muy joven, un periodo de crítica feroz de lo institucional, de lo establecido, de las costumbres. Ese cuestionamiento apareció en España, con el retraso impuesto por el franquismo, a partir de las líneas de pensamiento abiertas por el movimiento *hippie*, la nueva espiritualidad, el mayo del 68, etcétera.

Muy rápidamente, y como en tantas otras cosas, el capitalismo supo fagocitar ese espíritu cuestionador, para convertirlo en una manera entre tantas otras de vender más mercancías: la gente lleva una camiseta del Che Guevara sin tener ni idea de quién fue, ni de qué defendía; si lo supiesen, probablemente no se la pondrían.⁵

Después de una larga temporada intentando vivir más allá de toda costumbre (lo que, acabó por hacerse obvio, constituía en sí mismo también una

⁴RAE.

⁵La neoreacción contemporánea ha sabido también apropiarse de la tendencia a minusvalorar las instituciones, llegando a convencer a demasiados ciudadanos de que los lugares simbólicos que los albergan son, en realidad, sus mayores enemigos. Se hace difícil vislumbrar qué acabarán pensando si alguna vez terminan por encontrarse, después de haber seguido esa lógica hasta algunas de sus consecuencias, en la más inhóspita de las *intemperies*.

costumbre), algunos nos fuimos dando cuenta de que ciertos hábitos resultan, a fin de cuentas, necesarios y, por tanto, deberían ser promovidos, o al menos bienvenidos. Y de que una cosa es proponerse cuestionarlo todo, lo que en cierto momento de la vida puede ser recomendable y hasta muy saludable, y la otra es que todo esté, permanentemente, en cuestión, lo que termina resultando invivible.

Un ejemplo muy claro de la utilidad de las costumbres: paseo, de noche, por el pueblo en el que estoy residiendo. En una calle no muy bien iluminada, diviso, a lo lejos, a alguien, un desconocido que se dirige hacia mí; en pocos segundos, nuestras trayectorias se encontrarán. Alguien inicia el saludo: «¡Buenas noches!»; «¡Muy buenas!» se le responde. El saludo y su respuesta nos tranquilizan a ambos. Claro que eso puede ser utilizado por uno de los dos para engañar al otro y, por ejemplo, intentar atracarle; pero, por lo general, la costumbre nos introduce en una convención que nos indica, con un cierto margen de error, que no hay nada que temer.

La costumbre de saludarse es una institución que asigna un lugar a cada uno de los paseantes nocturnos, un lugar que nos tranquiliza y que nos posibilita un paseo relajado. Compárese con la experiencia de caminar por un barrio en el que la seguridad es mínima, donde uno puede sentir que tiene que estar alerta, en tensión, todo el tiempo. Lo institucional nos evita estar en tensión y nos introduce en un mundo más humano.

Lo institucional es, también, un *compromiso*. Me comprometo a observar una cierta costumbre y obtengo, a cambio de mi compromiso, una modificación del mundo: en vez de estar alerta todo el tiempo, puedo gozar del paseo, sumergirme en mis propios pensamientos, etcétera.

Cuando desaparece lo institucional y el compromiso, aparecen, en su lugar, la violencia y la fuerza, ya sin pudor ninguno, como señala, muy acertadamente, el presidente ruso. Se dibuja la siniestra figura de un mundo, primitivo e inhumano, donde impera el terror puro.

En términos freudianos, se ha producido una desvinculación, una fuerte liberación de la pulsión de muerte. En términos spinozianos, se ha instalado una situación que nos descompone y entristece: que merma, una vez más, nuestra potencia de actuar. La de todos, también la de los que creen ser los *winner*s en la nueva situación.

La captura por la imagen

Se repite una y otra vez, *una imagen vale más que mil palabras*. Pero una imagen nunca significa nada por sí misma, sino que es, siempre, susceptible de ser vista, leída, interpretada, de múltiples maneras, que pueden llegar a

ser hasta antagónicas.⁶

¿Cómo puede sostenerse, entonces, que una imagen vale más que mil palabras? Para poder hacerlo, *hace falta estar de acuerdo primero en que esa imagen sólo puede significar una cosa*. Nuestra aseveración, que puede resultar chocante e incluso contraria a un cierto sentido común, tendrá que venir seguida de una cierta argumentación, que evitará que se la confunda con una opinión o una arbitrariedad. La significación habitual que se le atribuye al refrán, según la Wikipedia en lengua inglesa, es la siguiente: «una única imagen fija puede transmitir ideas complejas y a veces múltiples: [esa imagen] comunica su significación y su esencia de un modo más efectivo que una mera descripción verbal» [13, trad. mía]. Pero si «una única imagen fija» «transmite» nada menos que «la significación y la esencia» de unas ideas «complejas y a veces múltiples», y además lo hace «de un modo más efectivo que una mera descripción verbal», es que se está de acuerdo también en que la significación de la imagen está fijada y tiene que ser, por tanto, única.⁷

Además, si la imagen tuviese varias significaciones distintas, eventualmente contradictorias entre sí, no podríamos tampoco, por lo general, asignar una significación única a la relación «valer más que mil palabras», porque podría muy bien ser que una primera significación de la imagen valiese más que mil palabras mientras que otra segunda no lo hiciese, o al revés. Otra posibilidad sería que el refrán llevase implícita una cuantificación universal, y lo que quisiese en verdad decirse fuese que una imagen vale *siempre, en todos los casos* más que mil palabras. Esto, que desde luego eliminaría el problema que estamos planteando, queda inmediatamente desmentido por el mismo hecho de que ni la asignación «valer» ni la relación «valer más que» pueden ser representadas mediante imagen alguna, lo que demuestra que la aseveración universal a la que aludimos tiene que ser por fuerza contrafáctica.

Ahora: si una imagen sólo puede significar una cosa, ya no se trata exactamente de una imagen, sino de algo que se va pareciendo cada vez más a un *signo*, como las señales de tráfico, que significan siempre lo mismo y una sola cosa. En efecto, un signo, para la Real Academia, es un «objeto que, por naturaleza o convención, representa o sustituye a otro».⁸ Si es «por na-

⁶Remitimos al lector interesado en profundizar en la cuestión de la imagen al interesantísimo texto de Juan Carlos De Brasi titulado «Más allá de la representación» [3].

⁷No somos ajenos a otras significaciones del refrán, bastante más elaboradas y comprensibles que la proporcionada por la Wikipedia, y hasta podríamos estar de acuerdo con algunas de ellas; pero, debemos decirlo, la referencia a «una única imagen fija» que transmitiría la «esencia» de «las ideas» «de un modo más efectivo» que una «mera» descripción verbal nos ha parecido un hallazgo un *valor* tan alto que se nos antoja literalmente *incalculable*.

⁸La teoría de los signos de Charles PEIRCE, también conocida como semiótica, distingue entre *iconos*, que se parecen o imitan al objeto representado (como los emoticonos o

turalidad», la significación del signo, fija ya, se habrá *naturalizado*; si es «por convención», esa misma *convención* nos habrá sido hurtada, como si fuese también natural. Pues aquello en lo que hemos *convenido* puede siempre ser objetado, para que terminemos conviniendo después otra cosa distinta y, por tanto, si fuésemos conscientes de la existencia de una tal convención, la imagen no podría tener un significado fijo y, por ello mismo, tampoco valer más que mil palabras.

Vemos pues que, si llevamos al límite la significación estándar del refrán de las «mil palabras», nos encontramos con que *la operación de lectura queda completamente abolida*, y es substituida por el simple aprendizaje de una serie de códigos (como el código de circulación). Las imágenes no son ya más señuelos, más o menos seductores, en los que la significación oscila, y está abierta a lectura y a la interpretación, sino meros *condensados de discurso*, fijos e inmutables, que «substituyen» al discurso mismo, o bien lo «representan».

Pero, cuidado: esta operación de «substitución» o «representación» no es para nada inocua. La imagen es ahora ya un signo, pero ¿un signo de qué? Nos encontramos con que ya no lo sabemos con exactitud. La imagen es a la vez signo de un discurso, y velamiento de ese propio discurso por el signo mismo: parecíamos haber eliminado la polisemia, pero nos encontramos ahora con un pariente leve de la *asemia*. Hará falta un esfuerzo muy importante para restituir el discurso representado por el signo a que se ha reducido la imagen, puesto que ahora ese discurso se esconde tras la misma imagen-signo, es velado por la propia imagen que dice representarlo. Y, en general, no tendremos tiempo, ni ganas, ni en muchos casos suficiente saber ni tampoco capacidad, para deshacer esa operación de ocultamiento.

Especialmente, tiempo: en el presente momento histórico, a menos que nos impongamos una fuerte serie de restricciones, de corte más bien ascético, vamos a ser literalmente inundados, inevitablemente avasallados por una imagen tras otra, y, en un sentido más amplio, por un vídeo tras otro, sin respiro alguno, con lo que la distancia crítica con respecto a eso que nos avasalla se tornará, en la práctica, imposible.

El resultado neto de esta operación de avasallamiento continuo es que la imagen termina por instalar en nosotros, con una violencia que no sabemos ya percibir, un discurso del que tampoco podemos tener ya conciencia suficiente, si es que tenemos alguna.

A diferencia del discurso escrito, que tiene una estructura lineal, lo que

los *emojis*), *índices*, que indican la presencia o la actualidad de lo representado («por el humo se sabe dónde está el fuejo»), y *símbolos*, que son arbitrarios y convencionales (como los signos que contemporáneamente se utilizan para denotar los distintos géneros).

permite volver sobre las diferentes partes del mismo, subrayarlo, tacharlo, y efectuar un gran número de operaciones que permiten realizar entre sus recovecos variadas operaciones de extracción de sentido, la imagen se nos presenta como algo terminado, completo, como un bloque monolítico que cuesta más descomponer; si queremos emplear cualquiera de los instrumentos que manejamos con facilidad para el discurso, debemos realizar primero la conversión inversa... y, como hemos visto, en general no lo vamos a hacer, no haremos eso. Sin advertirlo, hemos perdido una parte importante de nuestra capacidad de análisis, de crítica y de reflexión. La sobreabundancia de las imágenes-signo ha hecho que nos quedásemos sin ella.

Cuando leo el periódico, en papel o por Internet, soy yo quien decide en qué orden lo leeré, qué páginas ojearé y cuáles no (en mi propio caso, por ejemplo, siempre me salto las de deportes, que nunca han conseguido interesarme), cuánto tiempo le voy a dedicar a cada artículo, etcétera. Abro el periódico por la página que me place, lo leo en el orden que me da la gana, y me demoro en cada lugar el tiempo que deseo. Por el contrario, cuando veo en televisión las noticias, estoy fijado a la secuencia y el ritmo que han querido imprimirle al contenido sus realizadores. Me interesa una noticia determinada, pero, para poder verla, vengo obligado a ver primero toda una serie de otras, cuyo interés para mí puede ser más bien dudoso, o que considero directamente detestables.

Cuando leo el periódico puedo tener un papel activo, pero cuando veo las noticias no tengo más remedio que asumir, hasta un cierto punto, uno pasivo.⁹

Esa posición pasiva, además, me *aliena* en la imagen de un otro ideal, me *homogeneiza*: sustituye el posible ritmo singular de mi comprensión por un ritmo narrativo colectivo, impuesto por la noticia misma. Una vez más, me veo avasallado: con la excusa de darme una información *lo más completa posible*, se pasa a darme *demasiada información*, lo que termina degenerando en un *picadillo de noticias* ante el que ya no cabe más que una reacción visceral. Era, sin duda alguna, lo que se pretendía: no *informarme*, como se pretende, sino *volverme inerme*, para poder, así, *manipularme* a placer. Hemos pasado, casi sin sentir, del *ser in-formado* al *de-formarse*, por el intermedio de hacerme temporalmente *in-forme*.

Es por esa razón misma que, desde hace ya muchos años, no veo nunca

⁹Cuando veo, por ejemplo, un video de YouTube, puedo a veces encontrar, en la barra de tiempo, una periodificación que intenta indicar sus partes, y a veces también pueden hallarse enlaces a puntos temporales concretos, que nos indicarán, por ejemplo, el inicio de un fragmento o una canción determinados; pero, una vez introducidos en un punto concreto del visionado, volvemos a encontrarnos en una posición pasiva. El lapso de pasividad se ha vuelto pues más estrecho, lo que no invalida lo esencial de nuestra crítica.

la televisión, ni escucho nunca la radio.¹⁰ Tuve la suerte de saber reconocerlo muy rápido, hace ya muchos años: *la televisión, la radio, son más fuertes, mucho más fuertes, que yo*. Expuesto a ellos, mi lucidez se derrumba, en unos pocos segundos. Creo poder darme cuenta de lo que están intentando hacerme, pero van demasiado rápido como para que pueda resistirme. En seguida noto cómo me abandona todo sentido crítico: estoy ahora plenamente enchufado, listo para recibir instrucciones. Para ser vilmente manipulado.

Sólo hay una salida: apagar tanto la tele como la radio, y tirarlas las dos a la basura.

Yo lo he hecho. Se puede vivir sin televisión y sin radio. En serio, hasta se vive mejor. Lo recomiendo.

La pintura muda

Y puesto que tener una idea verdadera no significa ninguna otra cosa que conocer perfectamente, o sea, óptimamente, una cosa, y nadie puede dudar de esto a menos que piense que una idea es algo mudo, como una pintura sobre una tabla, y no que es un modo del pensar, a saber, el mismo entender, pregunto: [...]

Baruch SPINOZA, *Ética demostrada según el orden geométrico*, IIP32Esc.

Hace unos días tuve la oportunidad de leer en Xataka un artículo titulado *Deep Research no es solo una nueva función de IA. Es el principio del fin del trabajo intelectual tal y como lo conocemos* y firmado por Javier Lacort [10]. La expresión «trabajo intelectual» me llamó la atención, y ojeé rápidamente el artículo. El autor aclara, en su texto, a qué se refiere con ese sintagma: se trata del trabajo realizado por «Los analistas junior de consultoras, los investigadores que revisan literatura, los abogados que preparan informes preliminares o los asesores financieros haciendo análisis de empresas». Las nuevas funcionalidades de las Inteligencias Artificiales son capaces de realizar

¹⁰Carlos CARBONELL orienta mi atención hacia una cierta injusticia derivada de equiparar televisión y radio, ya que esta última, por su característica ausencia de imagen, ha sido considerado, tradicionalmente, como el lugar de la *imaginación*. Tiene toda la razón; él, con toda seguridad, debe de escuchar emisoras *buenas*, que, sin duda alguna, tienen que existir en algún lado. En mi caso, y para mi desventura, con lo que suelo encontrarme es con *taxistas*, que, siguiendo una costumbre perversa, pero cada vez más extendida, se creen autorizados a im-ponerme la COPE. Eso le proporcionara al lector, sin duda alguna, la razón instantánea de mis antipatías.

en pocos minutos labores de análisis, síntesis y resumen que a un ser humano le llevarían, como mínimo, varias horas.

El Sr. Lacort está bien informado, y aunque el artículo, que es un poco corto, no dice en general ninguna tontería, la expresión «el principio del fin del trabajo intelectual» me pareció un tanto exagerada. Para explicar lo que quiero decir, me permitiré ilustrarlo mediante el relato de una reciente experiencia personal. En nuestro seminario de Aperturas del Psicoanálisis, estamos estudiando la *Ética* de Spinoza, y se me ha pedido que me encargue de preparar las clases. En nuestra última reunión, estuvimos analizando el concepto de *beatitudo*, la relación entre Dios y la Naturaleza (*Deus sive natura*), la relación entre la potencia y el acto, y el concepto de omnipotencia divina que maneja el filósofo; en unos pocos días, nos volveremos a encontrar, y en esta ocasión me gustaría presentar algún material sobre los tres géneros de conocimiento en Spinoza. Se me ocurrió pedirle a la función *Deep Research* de Perplexity, un buscador con Inteligencia Artificial, información sobre el tema: «Write an article detailing the three modes of knowledge in Spinoza and the relationships between them». La rumiación artificial se desarrolló en unos pocos minutos, y el artefacto produjo un artículo corto, muy bien referenciado, titulado «Spinoza's Three Modes of Knowledge: A Comprehensive Analysis of Their Epistemological Foundations and Interrelations». El articulito está bien escrito y, además de un listado completo de referencias hiperenlazadas, se me proporciona también lo que se quiere hacer pasar por la cadena inferencial mediante la cual se habría transformado el análisis de las fuentes citadas en el texto finalmente producido.

Sin duda alguna, nos encontramos en presencia de un resultado impresionante y, teniendo en cuenta la velocidad a la que progresa la investigación y el desarrollo en los temas relacionados con las IAs, se comprende bien a qué apunta el Sr. Lacort cuando se refiere al «principio del fin del trabajo intelectual». Y, sin embargo, creo que se trata de una expresión equivocada. Una vez en posesión del informe preparado por Perplexity, el «trabajo intelectual» no ha *terminado*, sino que justamente *comienza*: deberé, para empezar, examinar las referencias que me proporciona el buscador y leerlas, después, yo mismo, para hacerme una idea de si estoy o no de acuerdo con el sesgo que, inevitablemente, habrán de presentar.¹¹ Ese proceso no será

¹¹Esos sesgos se transmiten, de un modo también inevitable, a los buscadores mismos que, por mucho que se insista en calificar de «inteligencias», *no entienden absolutamente nada de lo que nos están diciendo*. Cuando le pedí a Perplexity un cálculo sobre el salario neto asociado a determinado coste empresarial, además de proporcionarme un fino análisis y un muy buen detalle de los datos solicitados, añadió una serie de reflexiones, literalmente impertinentes, comparando el sector público con el privado, así como otras sobre la conveniencia de implementar, al respecto, ciertas reformas *económicas*, que son

sencillo, porque se trata de referencias de tipo filosófico, cuya significación, en algunos casos, es más bien oscura, cuando no ampliamente debatida.

Deberé también cotejar las fuentes con el propio trabajo que ha escrito Perplexity: como *a veces* las IAs se equivocan, esto nos compromete y nos obliga a revisar su trabajo *siempre*.¹²

El librito devorado

La voz que yo había oído desde el cielo me habló otra vez, y me dijo: «Vete, toma el librito que está abierto en la mano del Ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra». Fui donde el Ángel y le dije que me diera el librito. Y me dice: «Toma, devóralo; te amargarán las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel». Tomé el librito de la mano del Ángel, y lo devoré; y fue en mi boca dulce como la miel; pero, cuando lo comí, se me amargarón las entrañas.

Apocalipsis, 10:8-10

Pero, ante todo —y esto es absolutamente indelegable—, deberé transitar esos textos, apropiármelos, hacerlos míos... y, en el proceso, seré transformado, modificado por los mismos textos que estoy leyendo. Yo leeré esos textos, pero los textos me leerán a mí. Comeré el librito, y «se me amargarán las entrañas». Lo leído se habrá introducido en mí y ya no me abandonará: me irá *trabajando*, por dentro, y se desarrollará dentro de mí —de «mis entrañas»— hasta convertirme en *otro*.

Al leer, me apropiaré de lo que leo, pero lo que leo, a la vez, se apropiará de mí. Al entregarme, en el encuentro con los textos, aceptaré también terminar siendo, en cierto modo, su producto. A ese proceso de transformación yo lo llamo *trabajo*. Ese es el sentido último, real, de la noción de trabajo: lo que modifica tanto el mundo en el que uno vive —el mundo real y el mundo simbólico—, como al propio *trabajador*; quizás sería mejor llamarlo, como hace Lacan con los pacientes,¹³ *trabajante*. Modificando el mundo se modifica, también, el que trabaja: el trabajo le hace a uno ir siendo otro, otro de sí. Soy ya otro, y estoy también ya en otro mundo. El librito me ha dejado marcas («entrañas amargas»), pero esas marcas, a su vez, han pasado a constituirme.

siempre *políticas*. Puedo asegurar que esa «información», cuyo único interés, para mí, fue el de poner de relieve, de un modo meridiano, la existencia de esos mismos sesgos, no era nada que yo hubiese solicitado.

¹²*Siempre*: la omisión de ese compromiso, que muchos considerarán excesivo, constituye, en realidad, el auténtico peligro, el peligro más grave asociado a las IAs.

¹³A los que en cierta época denomina *analizantes*.

Me han *formado*, pues me han dado una *forma*: termino siendo formado por esas marcas que me han ido dejando los libritos que he ido comiendo. No soy, después de todo, otra cosa que la colección de esas marcas.

Por eso no hay fin del trabajo: no puede haberlo. Eso —¿acaso no es evidente?— no puede terminar. O, mejor dicho, no *debe* terminar. Después de que la IA, nuestra *prótesis* (maravillosa, sin duda), nos ahorre la primera parte del trabajo, vendrá, ineludible, la segunda: la de hacernos apropiar por lo leído. Y, si quisiésemos ahorrarnos ese paso, pasaríamos a ser, como diría Spinoza, como una pintura en una tabla: algo mudo. Mudo: nos quedaríamos sin palabras, e iríamos dejando de ser humanos. Seríamos ya sólo una pinturita muda, en una morada rota.

Vivir sin trabajar

Al hombre le dijo [Yahvéh Dios]: «Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que Yo te había prohibido comer, / maldito sea el suelo por tu causa: / con fatiga sacarás de él el alimento / todos los días de tu vida. / Espinas y abrojos te producirá, / y comerás la hierba del campo. / Con el sudor de tu rostro comerás el pan, / hasta que vuelvas al suelo, / pues de él fuiste tomado. / Porque eres polvo y al polvo tornarás».

Génesis, 3:17-19

Y, sin embargo, escuchamos decir, una y otra vez: «¡Ojalá pudiese vivir sin trabajar!». Es que el trabajo esta mal-dito, mal dicho, desde el origen. Desde el principio, mítico, que se le supone a nuestra cultura: «maldito sea el suelo», «con fatiga», «espinas», «abrojos», «comerás hierba», «sudor», «eres polvo»...

Aunque, a pesar de su descrédito, si lo consideramos bien, el trabajo (lo he abordado en muchas otras ocasiones, pero pienso que nunca se insistirá en ello lo bastante) es, cuando no se lo confunde con el empleo, *la única facultad que tenemos para modificar el mundo que nos rodea*. Han volado algunas tejas y, cuando llueve, entra agua en el comedor; subimos al tejado para repararlo: trabajamos, y mejoramos el lugar en el que vivimos. Pedrito y Antonia, mis compañeros de piso, se han peleado; ejerzo una mediación productiva, los escucho atentamente, y encuentro por fin una perspectiva y un discurso que les permite volverse a vincular: he trabajado, y he mejorado la vida de todos; la de ellos, claramente, pero también la mía, pues no puedo ser indiferente al estado de ánimo de los que conviven conmigo, ni al ambiente que se respira

en nuestra casa. Encuentro en varios lugares una serie de referencias, desperdigadas, a las obras de Gilles Deleuze y de Baruch Spinoza. Empiezo a tener cada vez más curiosidad, hasta que me decido a comenzar a estudiar a ambos autores; a medida que profundizo en mis lecturas, mi comprensión crece, mi entendimiento se hace más amplio; me convierto en un mejor psicoanalista, mejor persona, mejor profesor. Esas lecturas se componen con mi cuerpo: he devorado el librito. Tengo ahora más potencia de actuar, más fuerza de existir. He trabajado, y he mejorado mi mundo, y también el mundo de los que me rodean: el incremento de mi fuerza, de mi conocimiento, de mi lucidez, es algo que nos beneficia a todos.¹⁴

Vivir sin trabajar, en realidad, es, por mucho que se lo ambicione, absolutamente imposible: mientras está uno vivo, ineludiblemente, algo hace, y eso ya es, siempre, un trabajo. Pero, sin duda alguna, no todos los trabajos son iguales, ni valen lo mismo: no son equivalentes. El neurótico también trabaja: trabaja en su neurosis, en lo que Freud denomina la eficacia asocial de su consciencia de culpabilidad [8].

La cuestión, entonces, ya no será la de intentar vivir sin trabajar, sino la de discriminar cuáles son los mejores trabajos, en el siguiente sentido: cuáles se componen más con nuestros cuerpos, cuáles nos proporcionan más potencia de actuar, más fuerza de existir.

Cuando me vinculo de algún modo con otro, el mundo ha cambiado, para mí y para el otro: ahora contiene ese vínculo, que antes no existía, o carecía de determinada cualidad. Ese vínculo se crea, se genera, se produce, mediante un proceso, un trabajo, que hacemos los dos. Es algo vivo, que requiere, como todo lo vivo, de un cuidado. Sin cuidados, los vínculos pierden fuerza y existencia, hasta desvanecerse por completo. Suele decirse que los vínculos «se establecen», pero se trata de un error: «establecer», para la RAE, es «fundar, instituir»; pero un vínculo nunca está ya hecho, terminado, fundado o instituido, sino que continuamente necesita renovarse, re-crearse. Necesita mantenimiento, cuidados: trabajo.

Me vinculo cuando hablo en vez de callar u ocultar. Me vinculo cuando me reúno, con los demás, en las instituciones, que instituyen determinados discursos y, además, nos proporcionan reglas para algunos de nuestros intercambios. Me vinculo cuando he de encontrar cómo expresarme, eligiendo por una vez ciertos giros, estas palabras y aquellas expresiones, y descartando esas otras. Pienso en cómo me vestiré para nuestro encuentro, qué ropa me

¹⁴Siempre me vienen a la memoria esos versos Gongorinos, que suelen utilizarse como refrán, de un modo verdaderamente repugnante: «Ande yo caliente, y ríase la gente». No consigo comprender lo que se quiere decir, ya que ese que «anda caliente», está, efectivamente, *completamente solo*. O a lo mejor es exactamente eso lo que se quiere decir, lo que me reafirmaría, entonces, en mi repugnancia.

gustaría llevar cuando nos veamos; disfruto con esa atención al detalle. Pienso también en qué escribiré para que me leas, qué palabras me gustaría ponerme en nuestra próxima conversación. No quiero parecer un hombre-anuncio, ni ser banal o grosero, de modo que no te tiraré por la cabeza ningún emoticono, ni te mandaré tampoco ningún *meme*.

Me vinculo cuando termino por darme cuenta de que el trabajo intelectual nunca termina, y de que ese final, por lo demás imposible, no sería, en absoluto, nada bueno. De que las ideas son, ellas también, como los seres vivos. Que no son pinturitas mudas, sino procesos que nos atraviesan, que necesitan cuidados, y mantenimiento. Que quieren ser escritas, debatidas, comunicadas, intercambiadas. Puesto que vivo entre ellas, con ellas, deberé ocuparme de ellas, como hago también con las plantas que tengo en casa. Uno no tiene su casa como una pocilga, ni descuida las ideas entre las que vive.

Me vinculo, por fin, cuando consigo separar el trabajo de su maldición, cuando dejo de mal-decir, de decir mal del trabajo, y comienzo a poder decir sobre ello algo bueno, algo ya bien dicho, pues se trata, a fin de cuentas, de mi vida, de mi mundo: de lo que debería ser mi bien. Cuando consigo darme cuenta —por fin— de que el trabajo nunca fue una maldición, sino que, directamente al contrario, no es otra cosa que una *bendición*: aquella mediante la que puedo mejorar mi mundo, y también el tuyo. Nuestro mundo: el mundo que nos rodea.

Ya que no hay otra manera.

Un final inconcluso

Lo dejaré, por el momento, aquí. Tengo la sensación de no haber dicho, ni mucho menos, todo lo que podría decirse. Eso —decirlo todo—, ya lo he mencionado, nunca se hace de un modo completo; pero, en este caso, mi impresión es que queda mucho más por seguir elaborando, al respecto: mucho por escribir.

Quizás se trate, se me ocurre, de una invitación a volver, a retornar, eso que me encuentro al acabar. A retornar *aquí*. Aquí: a este lugar, el que señala el espacio que deja el texto al terminarse.

Tregurà de Dalt-Barcelona, 24 de febrero–18 de mayo de 2025

* * *

Apéndice: Nuestra democracia funciona, dijo el algoritmo

Introito

Una teoría ingenua e idealizada de la publicidad querría que su propósito fuese hacer públicas (*publicar, publicitar*) las virtudes de una mercancía, en un escenario, también ideal, en el que dichas mercancías se esforzarían por competir entre sí. La publicidad efectiva, aquella con la que realmente nos encontramos, se aparta de este ideal en varios puntos, siendo quizás el más notable de ellos el de que su propósito ya no será el de presentar (*publicitar*) una mercancía determinada que podríamos necesitar, sino producir en nosotros una nueva necesidad, ahora artificiosa, de un producto del que, por su naturaleza, nunca hubiésemos precisado.

Para producir esa necesidad falsa, implantada, se suele recurrir al lenguaje de los mitos, los cuentos y los sueños. Los anuncios, en efecto, suelen tener un contenido muy parecido al de una alucinación. Viajo en un coche estupendo por un magnífico paisaje en el que estoy solo (cuando, como todo el mundo sabe, después del Advenimiento de Instagram, los lugares solitarios *ya no existen*). Asisto, atónito, al alivio que produce, en una colina enrojecida de la que emanan enfurecidos basiliscos, mientras se escucha un rumor sordo, una oleada de Hemoal; la orografía en seguida se altera, tornándose plana; la rojez, y con ella la amenaza de terremoto, han desaparecido. Soy un ama de casa, y un ser que sin duda viene del futuro, pues viste de un modo francamente raro, me vuelve microscópica: tengo entonces la posibilidad de observar —¡con mis propios ojos!— cómo las partículas con mangaluretano expandido de mi detergente favorito persiguen, hasta exterminarlas, a las siempre insidiosas partículas de sangre y de otras muy diversas formas de mugre.

Y así sucesivamente. Lo último que he visto —y la verdad es que me ha impresionado bastante,— es un artículo promocional, aparecido en *La Vanguardia*, «Un día con el Samsung Galaxy S25 Ultra» [12], y subtítulo de un modo más que elogioso para el producto presentado: «El dispositivo móvil más avanzado de Samsung tiene más beneficios para tu vida diaria de lo que se pueda llegar a imaginar».

Se trata de una especie de diario, que se pretende escrito en primera persona por uno de los afortunados poseedores del nuevo artilugio. Después de leer el relato de unas primeras peripecias mañaneras, que aquí no nos interesan, pero en las que la Inteligencia Artificial tiene, como suele ser últimamente costumbre, un papel salvífico, nos encontramos con el siguiente párrafo:

07:10 h. *Ya me he puesto a punto y salgo en coche hacia el trabajo. Mi S25 Ultra ya se ha conectado a Android Auto, me ha puesto Spotify, me lee los mensajes... Yo me concentro en la carretera, que es lo que importa. Voy pensando en mis cosas.*

Dejemos de lado la idea, bastante chocante, de que uno pueda «ponerse a punto», cosa que nos equipararía a un *mecanismo que funciona correctamente*,¹⁵ y centrémonos en los «beneficios inimaginables» que el móvil más avanzado de Samsung tiene «para nuestra vida diaria».

Veamos. Nuestro S25 Ultra se ha conectado a Android Auto él solito, nos pone Spotify, y nos lee los mensajes. Detengámonos provisionalmente aquí: se ve que nuestro S25 Ultra piensa que uno puede escuchar música *mientras, a la vez*, escucha mensajes. Yo, desde luego, nunca he sido capaz de hacer una cosa así, y tampoco creo que la ayuda del S25 Ultra, por inimaginable que me resulte, pueda facilitar que la haga. Para decirlo todo, la misma idea de la música ambiente me parece una aberración de un gusto pésimo, un estropicio adocenado y sistemático de nuestra sensibilidad, en definitiva, una *mala costumbre*, por muy extendida que pueda estar en nuestra sociedad. La música, en efecto, está hecha para ser *escuchada, sin hacer nada más*. Y, no está de más decirlo, a los mensajes, en este aspecto, les pasa algo parecido: habrá que prestarles alguna atención y, en eso, tener música «puesta»,¹⁶ piensa uno, nos distraería.

Pues se ve que no. Continuemos: «Yo me concentro en la carretera, que es lo que importa». ¡Ostras! ¡Pero si estaba escuchando Spotify, mientras mi S25 me leía los mensajes! Claro, hombre; pero lo que importa es la carretera: ¡concéntrate! Es bastante impresionante, porque ya estoy haciendo *tres cosas*: escuchar Spotify, escuchar los mensajes, y concentrarme en la carretera (que es lo que importa). Por eso no nos sorprenderá ya leer que, mientras tanto, ¡voy pensando en mis cosas! *Mis cosas*. Que, por lo visto, no deben ser «lo que importa», ni requieren tampoco de «concentración». Y de las que me puedo ocupar mientras, además, escucho música y me leen los mensajes. Son tantos beneficios para mi vida diaria que no me los puedo llegar a imaginar.

Un poco de Freud

El lenguaje de los cuentos, de los mitos y los sueños. El lenguaje del inconsciente. A Freud le gustaba mucho recordar la vieja anécdota del caldero agujereado: una persona le presta por un tiempo un caldero a otra y, al

¹⁵En efecto, para la RAE, «poner a punto» es una «operación consistente en regular un mecanismo, un dispositivo, etc., a fin de que funcione correctamente».

¹⁶¡«Puesta» dónde?

terminar el plazo, el segundo le devuelve al primero el caldero que le habían prestado, pero ahora con un enorme agujero. Cuando el propietario se lo hace notar y le reclama, el prestatario le contesta: «en primer lugar, el caldero no está agujereado; en segundo lugar, ya estaba agujereado cuando me lo prestó; en tercer lugar, Usted no me prestó ningún caldero».

A Freud le encanta la anécdota, porque cada uno de los argumentos contradice todos los demás. Así reaccionamos, de entrada, cuando nos arrinconan, o así querríamos reaccionar. A veces conseguimos evitarlo.

Nuestra democracia funciona

Hoy, día 7 de febrero de 2025, tenemos programada una charla de Josep Moya en nuestro centro. Josep Moya es psiquiatra y psicoanalista, y es fundador del Observatorio de la Salud Mental y Comunitaria de Catalunya. Tiene una cierta edad, pues nació en 1954, y una dilatadísima trayectoria, vinculada a lo público, en el ámbito de la salud mental.

El título de su charla es este: «Pujanza de los líderes autoritarios versus declive de la democracia». No sé de qué va a hablar (pues no me he comunicado con él al respecto), pero puedo imaginármelo bastante bien.

Normalmente, publicitamos nuestras actividades en Facebook, Instagram, y otras redes. En esta ocasión, nuestro anuncio fue rechazado «porque no cumple nuestras políticas sobre anuncios sobre temas sociales, elecciones o política». Esto viene con un enlace;¹⁷ si lo seguimos, leemos que nuestros anuncios deben «cumplir la legislación aplicable» (*check*), y «superar el proceso de autorización exigido por Meta» (se ve que no *check*). Hay todavía otro enlace¹⁸ con más información; sigámoslo. Abrevio; los números los he puesto yo para sustituir a una itemización:

«No se permiten los anuncios [...] con el siguiente contenido: (1) Anuncios que disuaden a la gente de votar en unas elecciones, por ejemplo, aquellos que representan el acto de votar como inútil o insignificante, o que animan a la gente a no votar. (2) Anuncios que ponen en duda la legitimidad de unas elecciones en curso o que vayan a tener lugar próximamente. (3) Anuncios que contienen declaraciones prematuras de victoria electoral. (4) En esta prohibición se incluyen los anuncios que ponen en duda la legitimidad de los métodos y procesos electorales, así como los resultados».

Ya lo tenemos. El algoritmo nos ha identificado: ¿«declive de la democracia»? ¡Ah, no! ¡De ningún modo! ¡Esto nos disuadiría de votar! ¡Aplicadles el punto 1! ¡Nuestra democracia funciona!

¹⁷<https://transparency.meta.com/es-es/policies/ad-standards/SIEP-advertising/SIEP/>.

¹⁸<https://www.facebook.com/business/help/253606115684173>

Es un poco mareante, ¿verdad? Como ya he dicho, no sé muy bien de qué va a hablar Josep Moya, pero estoy seguro de que no va a ser, precisamente, en contra del acto de votar.

¿Por qué nos maltrata así, el algoritmo? Por nuestro bien. En el primer enlace, bajo el título de «Información general», leemos: «El objetivo de esta política es fomentar la transparencia, la rendición de cuentas y la autenticidad. Exige una mayor transparencia por parte de funcionarios electos y designados, candidatos a cargos públicos y anunciantes de contenido sobre temas sociales, elecciones o política». Todo muy loable, menos mal.

Claro que podríamos «apelar». Aunque, para la RAE, «apelar» sea nada menos que «recurrir al juez o tribunal superior para que revoque una resolución dada por el inferior». Ahí nos enteramos de que Facebook debe de ser «un juez» (o bien «un tribunal»), y que además es, a la vez, por lo visto, «inferior» y «superior». Así que el Facebook Superior puede revocar una «resolución» dada por el Facebook Inferior. Pero sólo si primero «apelamos» la «resolución», claro está. Exacto.

Podríamos «apelar»... o no. Mejor que no. Mejor lo dejamos. Dejamos solos al Facebook Superior y al Facebook Inferior, los dejamos solos, solitos, bien solitos. Dejamos solo al Hemoal, con su catarata antiterremotos, y empezamos a limpiarnos el culo con agua y jabón, que nos sentará mucho mejor. Nos olvidamos de querer ser pequeños *voyeurs* que espían a las partículas de metaaznaratato sódico mientras destruyen las manchas que te has hecho, guarrillo, guarrillo, que no se te puede dejar salir de casa. Renunciamos a las inimaginables ventajas que para nuestra vida diaria tiene poseer un S25 Ultra.

No queremos hacer cuatro cosas a la vez. Ni tres. Ni dos. Con una nos basta.

Eso, eso. Hacer las cosas de una en una. Hacerlas bien, sin prisa, con cuidado. Hacerlas de un modo estupendo, dar lo mejor de nosotros. De un modo, a poder ser, excelente.

Volver a pensar. No «en nuestras cosas»: a pensar, simplemente. Lo interesante está siempre fuera de nosotros.

Y, al pensar, no poner música. Ni escuchar nuestros mensajes. Ni poner la atención en conducir, que es lo que importa.

Volver a pensar, de modo que todas estas tonterías que nos tiran por la cabeza pierdan su ser-fondo, su indefinición, su liminaridad, su ser-paisaje, su naturalidad. Para que queden expuestas —¿por qué no decirlo?— a la luz de la razón.

Y entonces rechazarlas todas. Para mantener una cierta lucidez, en medio de este declive, ya no sólo de la democracia, sino de la razón y del pensamiento mismos.

Nos traerá beneficios, para nuestra vida diaria. Más de los que podemos imaginar.

Barcelona, 7 de febrero de 2025

Referencias

- [1] *Biblia de Jerusalem*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1967.
- [2] Josep Maria BLASCO. «Nuestra democracia funciona, dijo el algoritmo». En: *Blog de Josep Maria Blasco* (7 de feb. de 2025). URL: <https://blog.jmblasco.com/2025/02/07/nuestra-democracia-funciona-dijo-el-algoritmo/>.
- [3] Juan Carlos DE BRASI. «Más allá de la representación». En: *Textos para pensar* (2019 [2002]). URL: <https://www.epbcn.com/textos/2019/05/mas-alla-de-la-representacion/>.
- [4] Gottlob FREGE. «El pensamiento: una investigación lógica». En: *Ensayos de semántica y de filosofía de la lógica*. Madrid: Tecnos, 1998 (1918), págs. 196-225.
- [5] Sigmund FREUD. «Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II)». En: *Obras Completas de Sigmund Freud*. 1ª ed. Vol. 15. Buenos Aires: Amorrortu, 1978 (1915).
- [6] Sigmund FREUD. «Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)». En: *Obras Completas de Sigmund Freud*. 2ª ed. Vol. 16. Buenos Aires: Amorrortu, 1984 (1916).
- [7] Sigmund FREUD. «Duelo y melancolía». En: *Obras Completas de Sigmund Freud*. 2ª ed. Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu, 1984 (1917), págs. 235-255.
- [8] Sigmund FREUD. «Tótem y tabú». En: *Obras Completas de Sigmund Freud*. 2ª ed. Vol. 13. Buenos Aires: Amorrortu, 1986 (1913), págs. 1-164.
- [9] Martin HEIDEGGER. *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2000 (1946).
- [10] Javier LACORT. «Deep Research no es solo una nueva función de IA. Es el principio del fin del trabajo intelectual tal y como lo conocemos». En: *Xataka* (20 de feb. de 2025). URL: <https://www.xataka.com/robotica-e-ia/deep-research-no-solo-nueva-funcion-ia-principio-fin-trabajo-intelectual-tal-como-conocemos> (visitado 04-03-2025).
- [11] Baruj SPINOZA. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Torre del Aire. Madrid: Trotta, 2020 (1677).
- [12] *Un día con el Samsung Galaxy S25 Ultra*. URL: <https://www.lavanguardia.com/tecnologia/20250131/10324698/dia-samsung-galaxy-s25-ultra-brl.html> (visitado 07-02-2025).

- [13] WIKIPEDIA CONTRIBUTORS. *A picture is worth a thousand words*. 2024. URL: https://en.wikipedia.org/w/index.php?title=A_picture_is_worth_a_thousand_words (visitado 15-03-2025).